

EL PRÍNCIPE DE VIANA EN CATALUÑA

Vera-Cruz MIRANDA MENACHO

La figura del príncipe de Viana debe entenderse siempre desde el complejo e intenso panorama político bajomedieval hispano, pero también debe insertarse dentro de la órbita europea de finales del siglo XV. Su trayectoria personal y política se enmarca en múltiples escenarios, tanto geográficos como políticos más allá de la península. En algunos de ellos fue principal protagonista, en otros, solamente secundario, pero en todos dejó su huella. Por tanto, su biografía debe situarse entre Navarra y la Corona de Aragón, dos escenarios totalmente diferentes, pero cruciales a la hora de entender al personaje. En esa importancia que adquieren los espacios, vamos a detenernos en su breve, pero intenso, paso por Cataluña durante el último año de su vida, desde 1460 hasta 1461. Una etapa compleja en la trayectoria personal del príncipe, pero a la vez determinante en los sucesos históricos de Cataluña de ese siglo XV. Su estancia en tierras catalanas es indispensable para poder entender su vida, pero especialmente su muerte y la leyenda surgida a su alrededor. En ese escenario barcelonés comenzó el mito del príncipe de Viana, ese manto de leyenda que ha cubierto al personaje desde el mismo momento de su muerte.



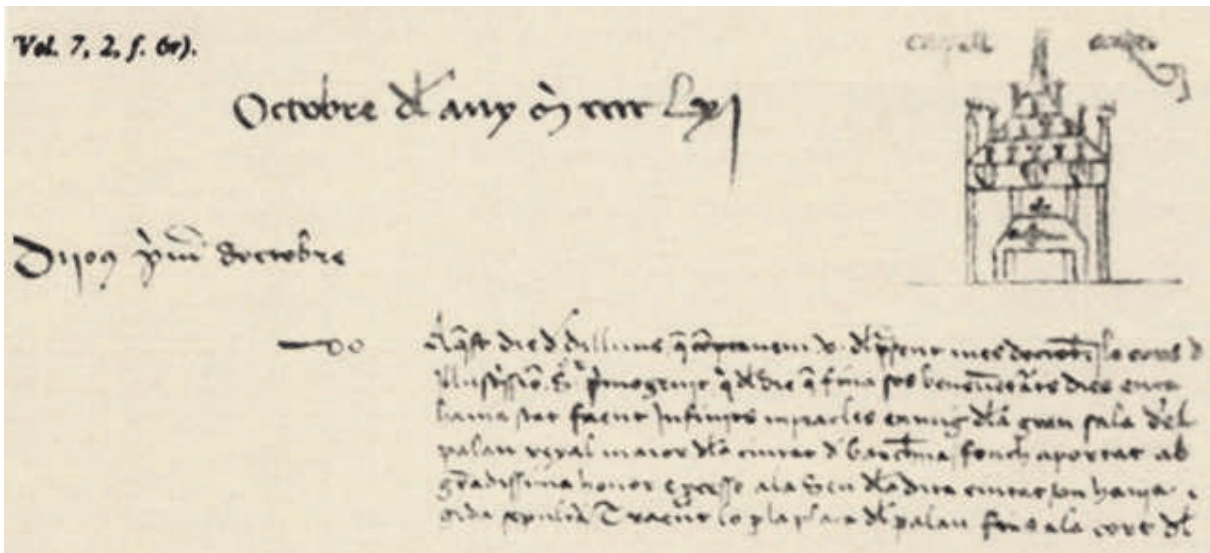
Vista del interior de la Catedral de Barcelona.

El último destino del príncipe de Viana iba a ser la ciudad de Barcelona, donde desembarcó en el mes de marzo del año 1460. Llegaba procedente del reino de Mallorca, de donde partió porque no le sentaban bien los aires de la isla, según él mismo afirmaba. Estas estancias formaban parte del viaje de regreso por el Mediterráneo desde su rápida salida del reino de Nápoles, tras la muerte de su tío, el rey Alfonso de Aragón, en junio de 1458, y tras una parada de un año en Sicilia. Se trataba del último viaje del príncipe, el que le llevó a Cataluña, donde, sin él quererlo, se convirtió en protagonista político de los acontecimientos que allí iban a suceder.

En el momento de su llegada a Barcelona, el príncipe y su padre, Juan II, habían firmado una concordia, la llamada Concordia de Barcelona, en enero de ese mismo año. Por medio de estos capítulos se pretendía poner fin a las desavenencias entre padre e hijo, más todavía en esos momentos en el que Juan II se había convertido en rey de Aragón. Se trataba de una aparente cordialidad, pues en realidad el príncipe salía muy perjudicado en la concordia, ya que se le prohibía entrar en Navarra y en Sicilia y sus derechos de primogenitura no eran reconocidos por su padre.



Interior del salón del Tinell de Barcelona.



Anotación en el Dietari de la Generalitat, el día de la muerte del príncipe y su capilla ardiente.

Esa negativa constante, por parte de Juan II, en reconocer legítimamente la primogenitura del príncipe, tanto la del reino de Navarra, que le correspondía por herencia de su madre, la reina Blanca, como la del reino de Aragón, como heredero del monarca recién coronado, no impidió a las autoridades de la ciudad de Barcelona preparar un recibimiento digno de un heredero. Se engalanaron las calles para que el príncipe las recorriera en procesión bajo palio y así entrar como el legítimo primogénito. Esta magnífica bienvenida de la ciudad indignó enormemente al rey, quien consideraba que su hijo no merecía tan fastuosa entrada, propia de los príncipes herederos, sino que debía haber sido recibido como un infante más, y así se lo hizo saber a las autoridades municipales.

A pesar de estos inconvenientes, los primeros meses del príncipe en Barcelona fueron tranquilos. Se dedicó a solucionar diversos asuntos y algunas cuestiones relacionadas con el reino de Navarra, lo que demostraba que nunca abandonaba sus responsabilidades políticas. Aprovechó también para realizar una peregrinación al monasterio de Montserrat, mostrando así la devoción mariana inculcada por su madre, la reina Blanca. Y también continuó con las negociaciones de su pretendido matrimonio con la infanta Isabel de Castilla, una niña que contaba por aquel entonces con unos nueve años, negociaciones que llevaba en secreto porque suponía un desafío aliarse con el rey castellano, eterno enemigo de su padre. Así, al mismo tiempo, y para disimular dichos negocios, el príncipe obedecía las órdenes paternas, manifestando cierto interés en un enlace matrimonial con una infanta portuguesa, de nombre Catalina.

El sosiego político de estos primeros meses pronto llegó a su fin, en parte como consecuencia de estos asuntos que el príncipe llevaba en secreto. En diciembre de ese mismo año, el príncipe fue llamado por el rey a la ciudad de Lérida. Allí estaba todo preparado para la celebración de las cortes catalanas que llevaban varios aplazamientos, creyendo el príncipe que había llegado el momento de ser reconocido y jurado como primogénito de Aragón y de Sicilia. Por ello, se dirigió hacia Lérida con una gran ilusión, ignorando que las intenciones de su padre, el rey, iban en otra dirección. Pues Juan II, al enterarse de las conversaciones de su hijo con los castellanos, decidió llamarle a Lérida con una única intención, la de detenerle y así frenar esas alianzas. Así, tras el primer encuentro entre padre e hijo, éste fue detenido en el palacio de la ciudad por los oficiales del rey.

Esta actuación de Juan II, quizá un tanto irreflexiva, aunque con razones fundadas, provocó el inicio de un intenso proceso de negociación por parte de las autoridades catalanas con el objetivo de conseguir la liberación del príncipe de Viana. Un pretexto que, en realidad, aprovecharon tanto los diputados del General como los consejeros de Barcelona para intentar mantener un pulso de poder contra el rey. Esto llevó a un continuo ir y venir de embajadores desde Barcelona hasta donde se encontrase el rey, allí donde fuera.

En un principio se acusó a Juan II de haber incumplido varias leyes y libertades del principado, lo que no podía tolerarse. Una actuación que, además, estaba provocando diversos conflictos y revueltas que se iban extendiendo por toda Cataluña, una inestabilidad que no convenía al rey, quien ya tenía un complejo



*Sant Jordi de Jaume Huguet
(dicen que se inspiró en el príncipe de Viana)*

que intercediera por su libertad, ofrecen una imagen más amable. Incluso, el mismo príncipe alabó su buen comportamiento durante su cautiverio, así lo afirmó ante los embajadores del General, a quienes les explicó que doña Juana había actuado como una verdadera madre al suplicar en todo momento su liberación ante el rey. Ese papel de la reina se intensificó tras la concesión de la libertad por parte de Juan II, ya que los diputados le encomendaron la misión de acercarse en persona a liberar al príncipe del castillo de Morella, donde se encontraba en ese momento, y acompañarlo hasta Barcelona. Así lo hizo. La reina fue a Morella a encontrarse con el príncipe. Se acercó a su habitación y juntos bajaron las escaleras del castillo, demostrando la buena relación entre ellos.

Una vez estuvo todo a punto, el príncipe y la reina Juana comenzaron la marcha que tenía como destino final la ciudad de Barcelona. El viaje fue escalonado, cada día se paraban a pernoctar en una localidad diferente, donde eran recibidos con mucha solemnidad y alegría. El príncipe era tratado como primogénito, así que todas las entradas del príncipe fueron el preludio de la entrada solemne en la ciudad de Barcelona el día 12 de marzo.

Efectivamente, el príncipe de Viana llegó a Barcelona acompañado por la reina Juana, quien se quedó a las afueras, pues le prohibieron entrar con él. Se iniciaba la última etapa en la vida del príncipe, en un momento en el que había conseguido el perdón forzoso de su padre gracias al apoyo de las instituciones. Su entrada fue victoriosa y así se celebró. El camino, desde el puente de Sant Boi hasta la ciudad, estaba repleto de gente que deseaba verle y los niños iban con cañas y pendones en las manos. Entró bajo palio y fue recibido por los diputados, consejeros, prelados, barones, caballeros y una multitud de gente. Las fiestas duraron ocho días consecutivos.

Tras su liberación, se procedió a otra negociación. Esta vez entre las autoridades catalanas y Juan II que se cerró con la firma de las Capitulaciones de Villafranca el 21 de junio de 1461. Unas capitulaciones que perjudicaban al rey, quien, entre otras cosas, debía pedir permiso a los diputados para poder entrar en Cataluña; pero en las que el príncipe finalmente era reconocido primogénito de Aragón y nombrado lugarteniente general de Cataluña, jurando su primogenitura el 30 de julio en la capilla del palacio real de Barcelona, ante la atenta mirada de los diputados, consejeros, nobles y ciudadanos.

La situación política del príncipe parecía mejorar al conseguir su ansiado reconocimiento como primogénito, pero la salud le llevó repenti-

panorama en el reino de Navarra. Pero las intensas negociaciones no daban el fruto esperado, ya que Juan II no tenía intenciones de liberar al príncipe y menos todavía por las exigencias de los diputados. Ante las constantes negativas, los diputados y consejeros cambiaron de estrategia y decidieron convocar el somatén para presionar más al rey. El 8 de febrero, a las 6 de la mañana, los diputados del General sacaron la bandera real y la de San Jorge por las calles de Barcelona, acompañados de mil quinientos hombres armados y otra gente que se iba uniendo. Las banderas fueron izadas sobre el portal de la casa de la Diputación y del Consejo de Ciento, lo que indicaba la inminente movilización de las tropas. A partir de ese momento, comenzó el alistamiento de tropas con el fin de liberar al príncipe de Viana, quien se encontraba privado de libertad en diversos castillos de Aragón, como Zaragoza, Fraga o Morella. Ante esta presión militar, Juan II no tuvo más remedio que claudicar y conceder la libertad de su hijo, lo que ocurrió el 25 de febrero.

El papel de la reina Juana, en todo este proceso de negociación, fue esencial. Su figura, recreada por el romanticismo y transformada en una malvada madrastra, adquiere en la liberación del príncipe otros tintes más generosos. Su presencia como mediadora entre el rey y su hijo, así como las continuas peticiones del príncipe de estar en presencia de la reina para

namamente al lecho de muerte. En septiembre se puso enfermo con fiebres y dolor de costado. El día 23 moría en el palacio real de Barcelona. Su muerte fue consecuencia de una pleuresía. Pocas horas antes, había dicho: "mi proceso se va a publicar" y pidió el Cuerpo de Cristo para recibir su última Comuni3n. Se sacó los anillos y pidió perd3n a algunos consejeros y diputados allí presentes. Después de la Eucaristía, perdió el conocimiento y murió.

El primogénito de Aragón y príncipe de Viana había muerto en la ciudad de Barcelona. Se debían poner en marcha todos los preparativos para las exequias reales. Se embalsamó su cuerpo, como era costumbre. Se expuso en la capilla ardiente durante trece días en la sala mayor del palacio real de Barcelona para ser visitado por las autoridades y todos aquellos ciudadanos que quisieran despedirse del heredero de Aragón. Su cuerpo fue velado de día y de noche. Había toque de campanas continuo.

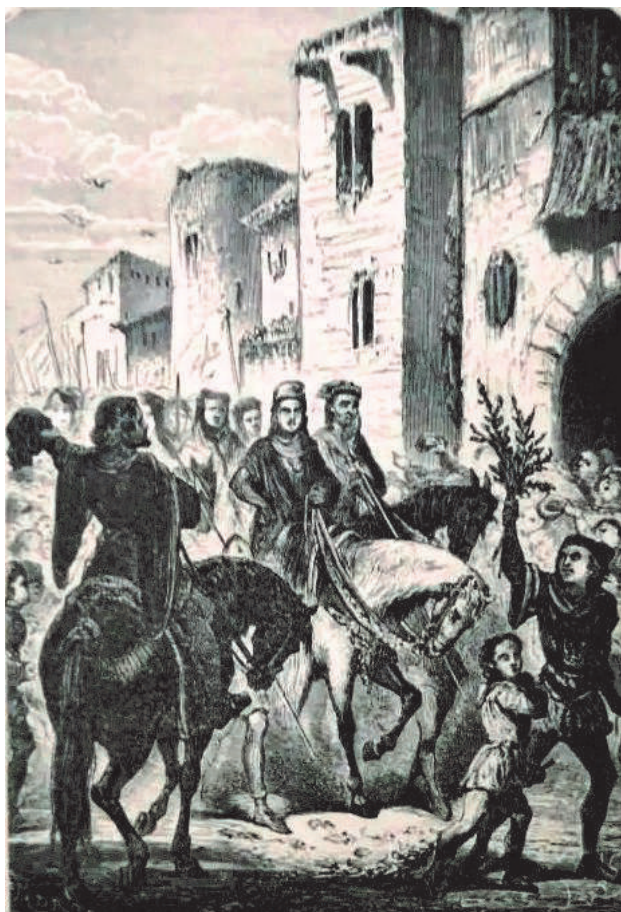
En ese momento comenzaba la leyenda del príncipe de Viana. Según cuentan las crónicas de la Diputación y del Consejo de Barcelona, el príncipe comenzó a hacer milagros y a curar a aquellos enfermos que se acercaban a la capilla ardiente, ciegos, paralíticos... Al conocerse sus poderes sanadores, comenzó un fervor popular hacia su persona. La afluencia de gente fue mayor en el palacio. No solamente querían verlo, sino que le arrancaban la ropa que llevaba puesta. Tanta gente quería acercarse que tuvieron que meter el cuerpo dentro de dos cajas de madera y colocar una reja alrededor con una puerta de entrada y otra de salida para que hubiera más orden y control. Esto no impidió que arrancaran el terciopelo rojo que cubría los ataúdes.

Los solemnes funerales fueron preparados por los consejeros de la ciudad, a comienzos del mes de octubre. El día 5 se trasladó el cuerpo del príncipe en procesión desde el palacio real hasta la catedral de Barcelona. El cortejo fúnebre recorrió las calles principales, pasando por la plaza del Blat, la capilla d'en Marcús, la calle Montcada, el Borne, la calle de los Canvis, la calle Ample, Regomir, San Jaime, delante de la Diputación, y hasta la puerta mayor de la catedral. Allí fue colocado sobre las escaleras de la cripta de Santa Eulalia con las banderas de las armas de Aragón, Sicilia, Navarra y el estandarte de su divisa. En la procesión con el cuerpo del príncipe iban primero una veintena de personas con cincuenta cirios cada una, seguidos de las cruces de la catedral, de las parroquias y de las órdenes religiosas, y después los capellanes de las parroquias, los capellanes de la catedral, los can3nigos con el obispo de Vic, y finalmente gran multitud de hombres, mujeres y niños, quienes, según del Dietario de la Generalidad, habían sido curados por los milagros del príncipe. Después de toda esta comitiva, iba el cuerpo del príncipe, dentro de un ataúd de madera con una cubierta de terciopelo carmesí y decorada con plata dorada, llevado por los tres primeros consejeros de Barcelona con otros barones, caballeros, gentilhombres y ciudadanos honrados. Después le seguían su hijo, Felipe de Aragón, Juan de Beaumont, Juan de Híjar, Juan de Cardona, Carlos de Cortes y otras personas de la Casa del príncipe. Todos llorando y gimiendo, fuerte y dolorosamente. Finalmente, el resto de consejeros de Barcelona, el obispo de Huesca, el conde de Pallars, todos vestidos con gramallas negras.

Estamos ante su última procesión por las calles barcelonesas convertidas en un espacio de



Palacio Real Mayor de Barcelona en la Plaza del Rey, con el Sal3n del Tinell al fondo y la Capilla Real de Santa Àgata a la derecha. Al fondo, a la izquierda, sobre el sal3n, el Mirador del rey Mart3n el Humano.



*Entrada del Príncipe de Viana en Barcelona
(Litografía del siglo XIX).*

zación, solicitada años antes. El brazo permaneció custodiado en el monasterio hasta el siglo XIX, cuando fue trasladado al monasterio de Valldonzella de Barcelona, desapareciendo en los incendios de 1909. Asimismo, su figura no solamente fue objeto de devoción religiosa, también fue rescatada a mediados del siglo XIX como protagonista literario porque el personaje encaja perfectamente en las directrices románticas, ya que su vida posee los componentes adecuados para una buena historia.

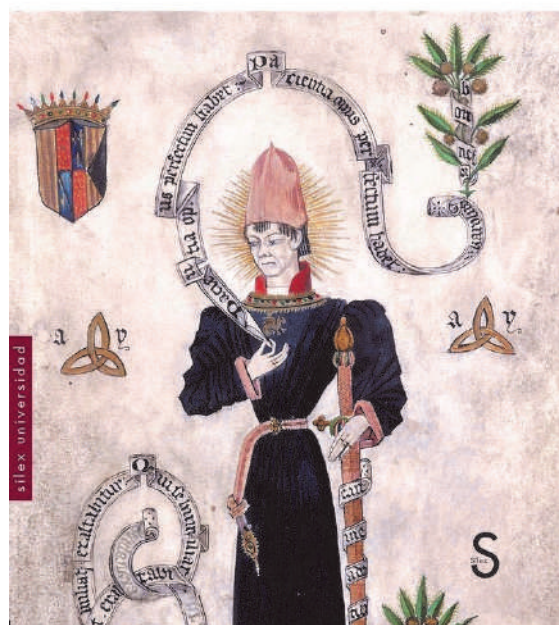
Desde el mismo momento de su muerte en el palacio real de Barcelona, el príncipe de Viana ha sido cubierto de un manto de mito y de leyenda, forjado en esos tiempos de la compleja política catalana. La fama de su figura se ha caracterizado por estar envuelta en una gran melancolía, como bien trasmite el cuadro de Moreno Carbonero, lo que ha hecho que se perdiera y, a la vez, se fuera olvidando esa parte de realidad histórica que conformó su biografía. Por ello, es un personaje que debe ser permanentemente reivindicado desde esa perspectiva más histórica, la que refleja sin distorsiones el pasado, para volver a recordar quién fue realmente.

**PRE
GON**

*La autora es profesora de la Universidad
Rey Juan Carlos de Madrid.*

El príncipe de Viana y su tiempo

Vera-Cruz Miranda



silex universidad

*Portada del libro "El príncipe de Viana y su tiempo"
(Ed. Sílex, 2018).*

duelo y de dolor. La figura del primogénito de Aragón y príncipe de Viana se había convertido en san Carlos de Viana, un príncipe taumaturgo, venerado en toda Cataluña, aunque su fama de santidad apenas traspasó las fronteras del principado. Esta imagen de santidad formaba parte de la estrategia política de las instituciones catalanas en esos antecedentes de la guerra civil. Las instituciones catalanas habían utilizado al príncipe en vida, como bandera de sus reivindicaciones, por tanto, también podría ser útil tras su muerte, pero para ello se necesitaba construir un personaje que siguiera teniendo la capacidad de convencer y mover al pueblo. San Carlos de Viana se convirtió en un símbolo de la veneración popular y la fama de sus poderes taumatúrgicos se extendieron por el territorio catalán.

A pesar de que después de la guerra civil la devoción popular fue decreciendo, la admiración hacia la santidad del príncipe perduró hasta tiempo después. En el siglo XVI, el monasterio de Poblet pidió permiso apostólico para sacar del cuerpo del príncipe el brazo derecho y montarlo como reliquia, esperando su canoni-